

## COMIENZA EL DRAMA

**A**QUELLA tarde Ana estaba malhumorada. Jenaro Rosa, al regresar de la famosa cacería, había obsequiado á Catalina con una magnífica rosa otoñal. Corrían los últimos días de Octubre.

Catalina reventaba de gozo. Apenas se había marchado Jenaro comenzó á decir que todos la pretendían.

Ana sentía oprimido el corazón. Después de la comida quiso exaltar el espíritu leyendo el devocionario. Catalina se sentó junto á ella distrayéndola con sus bromas. Ana no respondió; con amarga fijeza leía y releía los versículos.

Acometióla una intensa amargura. Parecióle que Catalina conocía también su secreto y la burlaba.

Cerró el libro, hizo el café y fué á servirselo á Pablo Valena, quién le dió dos cartas á copiar.

—Salgo á caballo, le dijo.

Firmó en el sitio donde habían de terminar las cartas, y salió con Ana que llevaba la taza ya vacía.

Volvió de nuevo al despacho Ana, sentándose al escritorio. No tenía ganas de escribir. Invadía una gran fatiga, y en la tristeza que hacía desmayar sus ánimos ansiaba descansar la frente sobre cualquier cosa, en busca de reposo, de sueño, de olvido...

En aquel momento de tribulación motivada por los celos que combatía con todo el temple de su espíritu, recordaba claramente su aldea, la abuela, la vieja casa en abandono, y deseaba volverse allá, como al venir, niña, tosca, vestida de negro, mas tranquila aunque llorosa. Encontrábase ahora extraña en la casa de Valena; parecía no compartir el afecto, la vida íntima y material de aquella familia que no era la *suya*. Después, acusábase de ingrata.

Inclinó la frente sobre la mesa y cerró los ojos. Todavía creyó tenerlos abiertos, fijos en un vacío inmenso y tenebroso, que era su conciencia. Y pensó con angustia:

—Yo soy mala y mi perversidad ha crecido desde que me he supuesto buena. ¡Dios mío, dame fé; ten caridad de mí; haz que yo sea útil á la familia que tanto bien me ha hecho!

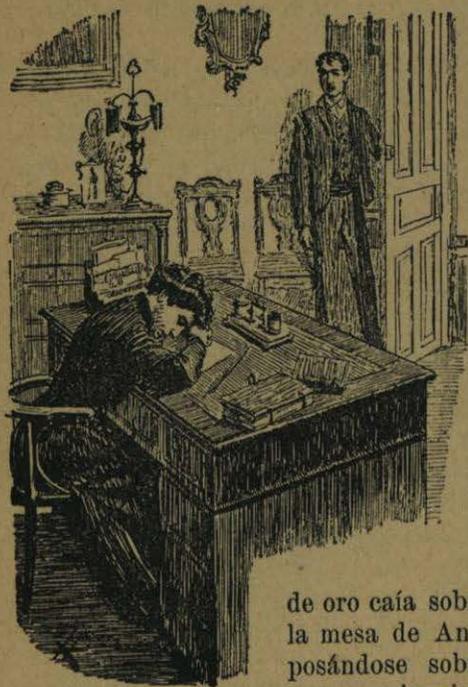
Abrióse la puerta lentamente, y entró Sebastián. Ana apenas tuvo tiempo de alzar la cabeza ocultando su pena, pero temerosa de haber sido descubierta.

Sebastián pareció no haberse dado cuenta de nada. Sentóse ante una pequeña mesa de despacho y se puso á escribir rápidamente.

Ana copiaba. Como siempre, durante al-

gunos minutos no se oyó más que el rasgueo de las plumas sobre el recio papel comercial.

A través de los cristales el sol de otoño iluminaba dulcemente el despacho; un rayo



de oro caía sobre la mesa de Ana, posándose sobre su mano izquier-

da puesta sobre el margen del papel.

Al sol la mano era blanquísima y las uñas delicadas parecían luminosas.

Ningún rumor venía á turbar el silencio, ni de la calle, ni de la casa.

Ana acabó la carta, repasándola.

—¿Por qué llorabas cuando entré? preguntó Sebastián, continuando la escritura.

—¿Sueñas?... contestó Ana, replegándose dentro de sí. Y comenzó á temblar, acometida de un extraño miedo. La risa que acompañó á su frase parecía un sollozo.

—Yo no sueño, Ana. Eres tú quién sueña, replicó Sebastián, siempre escribiendo. Su voz era monótona, seria. Parecía hablar inconscientemente, con el pensamiento muy lejos.

—No te comprendo... murmuró la muchacha, doblando nerviosamente la carta; y como el primo no hablara, ella dijo:

—¿Que lloraba!... ¿Me has visto tú? No sé porque iba á llorar...

Sebastián, al poco rato, cesó de escribir, encarándose con la prima.

—Te diré pocas palabras. Desde hace tiempo debí hablarte; más hasta hoy no estaba seguro...

—¿De qué? preguntó Ana, doblando una segunda carta.

—De los grillos que tienes en la cabeza...

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa hoy, Sebastián? Trató de reír. Pero hubiese querido huir, esconderse, sepultarse.—Intentó levantarse y salir, pero no pudo mirar frente á frente al primo, y bajó la cabeza hasta que sus cabellos rozaron el papel.

—No tengo nada, Ana—dijo Sebastián—pero quiero tu dicha, solo tu dicha, porque sabes que yo... te amo... mucho más que á una hermana.

—No te comprendo, no... repuso ella, fría y altiva.

—Tú me comprendes más de lo que yo quiero.

Levantóse, nervioso porque no encontraba la palabra adecuada. A la postre ¿qué ansiaba decir á la prima? ¿Tenía nada que reprocharla?

Miróla y la vió empalidecer. ¿Por qué la conturbaba así en vez de consolarla? Sintió todo el dolor de Ana y se llamó á sí mismo miserable.

Después pensó que se había engañado y experimentó una infinita ternura. Arrepintióse de haber hablado y envolvió á Ana en una mirada de intenso amor, sintiendo el deseo de decirla «¡perdóname!»

Vió entonces las manos de Ana, blancas al sol, y extrañóse de no haberse fijado nunca en ellas. ¡Qué hermosas manos de señorita eran! ¡Y él un campesino! Sí; Jenaro Rosa debía amarla. Jenaro era señoril y debía casarse con Ana.

Siguiendo su cavilar interno, dijo con amarga sonrisa:

—Después de todo, Anita, yo soy un impertinente. Tienes razón. Si él te quiere, es un excelente partido. Pero ¿abriga buenas intenciones?

—¿De qué hablas, que te han dicho de mí? respondió ella. Continuaba escribiendo, con el rostro pegado á la mesa, fingiendo serenidad, mientras su corazón secretamente padecía.

Calló Sebastián; colocóse al otro lado de la mesa, contemplando el rostro de la prima.

—Te ruego no me hagas el tonto. Es una cosa que todo el mundo sabe...

—¿Qué cosa? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién lo sabe? ¿quién?... gritó Ana.

Era el grito de su alma humillada. El *quién* ahogó un sollozo, y cayó la pluma manchando de tinta el papel.

Sebastián adivinó en aquel grito toda la intensidad de la pasión en Ana; comprendió que no era correspondida, sintiendo una perversa alegría de la que al punto se arrepintió...

—¿Lo ves? Ni tu misma lo niegas...

—¿Quién lo dice? ¿quién?...

Alzaba fieramente la cabeza Ana y con su severa mirada obligaba á bajar la suya al primo.

—Nadie lo dice; lo he adivinado. Creo, Ana, y perdóname si estoy emgañado, que amas en secreto. No te enfades; hablo por tu bien. He estado por decirte: no ocultes nada á nuestra familia que es la tuya...

—Pero, escucha, Sebastián...

—Déjame hablar... Quería también decirte: no tenemos ningún derecho sobre tí y puedes hacer lo que se te antoje. Mas, te queremos todos, todos, ¿comprendes? y yo más que ninguno... te queremos y deseamos tu dicha. Si *él* verdaderamente te ama debe explicarse, debe decir...

—Pero, ¡si no es verdad!...

—Sí; hay algo, no me lo niegues, Ana; espera...

Llegóse á la puerta, cerciorándose de que nadie escuchaba y volvió junto á su prima.

En ese breve intervalo un pensamiento generoso surgió en Ana. Confiar á Sebastián toda su alma, todo el peso de la pa-

sión, que á ella espíritu abierto y transparente, le parecía, por ser secreto, culpable.

Desde que el cariño de Catalina le faltaba, Ana considerábase sola y más que nunca ansiaba un apoyo, una amistad confortadora y buena. ¿Por qué no había de ser Sebastián un amigo, un hermano?

Ana figurábase, no habiendo tenido hermanos, que un hermano podía ser el mejor amigo á quien confiar los secretos del corazón.

Cuando Sebastián se le acercó de nuevo, Ana sintió el deseo de suplicarle: «yo sufro... ayúdame á olvidar... aléjame de aquí!»...

—Cuéntame todo, Ana; sé sincera, que ningún daño te vendrá de mí. Te ayudaré. Pero, háblame con franqueza.

—No es nada; te lo juro...

—No jures. Te creo lo mismo...

Sebastián sintió espanto; una voz misteriosa tornó á repetirle: ¡miserable! Y se preguntaba interiormente qué cosa pensaba, qué pretendía de Ana, la más pura entre las muchachas. ¿Tenía acaso derecho á conocer sus secretos y á recibir satisfacciones?

Pero, los celos lo turbaban. Quería saber, quería sufrir, quería tener la seguridad de que eran vanos sus sueños y que nada podía esperar. El dolor de Ana lo dejó imposible; mas, la causa de ese padecer le produjo una intensa angustia.

En tanto Ana hablaba, y él continuó mirándola como un juez, los puños cerrados,

frío, los ojos hoscos, sin expresión de piedad y consuelos.

Ana le confesó todo del principio al fin; el modo de hacerla enamorar Jenaro, cortejándola pérfidamente y después el olvido completo. Sin embargo, no le confesó los celos que sentía por Catalina. ¿Para qué? Ante todo no estaba cierta y Jenaro no se había comportado de mejor modo que con ella. Además no quería avivar los rencores en Sebastián.

Este pareció no inmutarse; sólo una vez exclamó:

—¡Villano!

Ana disculpó á Jenaro, aceptando para sí toda la culpa.

—Pero ¿qué culpa, pobrecilla?

—¡Ya todo ha terminado! dijo ella lanzando un suspiro y sonriendo luego con divina gracia.

Realmente, ahora que había desahogado su secreto, parecíale que todo era terminado, que su angustia había salido afuera con sus palabras.

Mas, el peso de su dolor pasado había caído sobre Sebastián; todavía respondió como un eco:

—¡Sí; todo ha acabado!...

Por unos instantes permanecieron en silencio, embarazados. La chica fijó, al cabo de unos minutos, sus limpidos ojos negros en el primo y lo miró como implorando piedad. Él comprendió.

—Tranquilízate...; te juro por mi honor que á nadie diré nada...

—¿No lo sabe nadie aún?

—Creo que nadie.  
—Entonces ¿por qué me has dicho que lo sabían todos?

Sebastián se turbó un poco. Estuvo á punto de decirla que estaba celoso, que los celos le forzaron á hablar. Pero, calló.

Ante la mansedumbre de Ana sentíase vencido, compadeciendo aquella dulzura con que la muchacha le había hecho una confesión tan dolorosa y humillante.

—¿Quién te lo ha dicho? repitió Ana obstinadamente.

—Nadie me lo ha dicho. Lo he comprendido desde hace tiempo. La conducta de él lo revelaba...

—¿Qué dejaba comprender?...

—¡Ah, Anita! ¡Mira como te sonrojas! ¿Lo amas todavía? ¿no es verdad?

—No lo sé. Creo que no...

—¡Te lo parece, pero no es cierto! Tu lo quieres todavía. Es triste.

—¡No: no es verdad! exclamó Ana inclinando la cabeza con desmayo de angustia.

Sebastián le dijo cariñoso:

—Ana, eres una niña, y quiero ayudarte. Dime que puedo hacer por tí. ¿Quieres que le hable? ¿No? ¿quieres que te vengue? Puedo golpearlo en la calle, sabes, porque es un villano, sí, un villano...

—¡No grites, Sebastián! murmuró Ana aterrada. No quiero nada. ¿Qué derecho tienes á insultarlo?

—¿Ves? ¿ves? repitió él amargamente. Lo amas todavía. Ya que me lo mandas, no lo insultaré. Mas, haré algo por tí. Habla. ¿Quieres alejarte de aquí, ir con Angela?

Los ojos de Ana brillaron ante la proposición. El continuó:

—Hablaré á papá... esta misma tarde... si quieres...

—No quiero nada—replicó Ana displicente.—¿Por qué tomas las cosas en trágico? Me pesa haber hablado. Déjame tranquila.

—Yo te repito que irás con Angela.

—Si quiero ir. No me obligarás y mucho menos dirás nada á tu padre...

—No diré nada á nadie, si tú no quieres. Te he dado mi palabra de honor y la mantendré... aunque no sea un señor... replicó Sebastián con sarcasmo, alejándose.

Ana se puso á escribir de nuevo; temblábale la mano, y el rostro congestionado y los ojos brillantes denunciaban su inquietud.

Aunque Sebastián pareció tranquilo, jamás había sentido una agitación nerviosa tan extremada, sorda, mortificante. La sangre le afluía al cerebro, martillándolo en medio de una angustia mortal.

Cuando terminó la otra carta, Ana salió en busca de él.

—Está en su cuarto—dijo Catalina que estaba con Nel en el descansillo de la escalera.—¿Para qué lo quieres?

—Para que vaya al correo. ¿Qué estáis haciendo?

—Una cosa, contestó Nel con aire de misterio.

Nel contaba ya poco más de siete años; era un niño que todavía gastaba en casa el faldón. Mas era astuto y revoltoso.

Era muy callejero; jugaba con todos los

chicos de la vecindad y estropeaba tres ó cuatro trajes al día. Siempre llevaba los zapatos rotos y Antonino lo castigaba á pretexto de corregirlo y educarlo.

Catalina siempre estaba pronta á la defensa de su hermanito. Así como Antonino se volvía cada vez más serio y estudioso. Catalina, en la hora de las niñerías, divertíase con Nel.

\* \* \*

Ana continuó bajando la escalera, mas al llegar al último peldaño escondióse tras una columna por enterarse de lo que Catalina y Nel hacían. Catalina estaba muy bien vestida, peinada á la moda, y con una magnífica cinta de color rosa al cuello.

Creyendo que Ana no los veía, recomenzaron el juego.

Delante de la puerta de Sebastián Ana sintióse acometida de angustia. Más que por otra cosa quería ver al primo para demostrarle, con una fingida serenidad, su indiferencia; para decirle con los ojos: mira; no doy importancia al regaño de antes; lo he olvidado ya.

La frialdad con que Sebastián la había dejado, humillábala y arrepentíase de haberle confiado sus secretos íntimos. Pensaba:

—No me ha comprendido, lo ha entendido al revés.

Abrió la puerta y dijo:

—¿Estás ahí, Sebastián? Catalina me ha dicho que estabas. Las cartas están preparadas. ¿Vas á ponerlas al correo?

Su serenidad desapareció al ver á Sebastián mortalmente pálido y que tenía enrojecidos los ojos.

—Iré en seguida,—repuso mirándola de un modo extraño que parecía decirle: «mira el mal que me has hecho». Ana subió lentamente la escalera, con el rostro encendido, gritándose interiormente con voz de espanto:

—¡Qué cosa he hecho... qué cosa he hecho!...